—¡Ah! padre mio—murmuró, -en qué conflicto tan grande nos habeis puesto á todos....

—¡Diantre! – replicó el ex–banquero,—he cometido una torpeza, lo confieso.... mas hubiera valido callarme.... pero despues de todo siento poco mi imprudencia, porque acabo de prestarte un señalado servicio.

—¿A mí?..—exclamó la jóven.—¿A mí?.... ¿un servicio?.....

—¡Precioso!..... !inestimable!.... Tarde ó temprano, querida, te hubieras visto comprometida con ese diablo de Begourde. Estoy convencido de que el marqués te adora; pero observo en él algo que me dá á entender que á la menor sospecha se trocaría en un marido terrible.... Gracias á mí el peligro ha desaparecido; he cortado el mal de raiz.

—¿Y de qué manera?

—A las cuatro, el susodicho Begourde tiende su vuelo hácia otros climas. ¿Pero que tienes?.... ¿te sientes indispuesta?.....

Lazarine, en efecto, habia palidecido.

XXVII

—Veamos, ¿qué te pasa?—repitió Julio Leroux estrechando las manos de su hija—¡Par-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

diez!.... me pones en cuidado.... respóndeme al menos.....

—Nada.... no es nada..—murmuró Lazarine con voz débil,—un malestar repentino que empieza á desaparecer.

En efecto, la mejillas de la jóven recobraron algun tanto sus tintas rosadas.

El ex–millonario aguardó algunos instantes, y cuando creyó que madama de la Tour du Roy se hubo repuesto de su pasajera indisposicion, continuó sacudiendo la cabeza.

—La coincidencia singular de este principio de síncope con el anuncio de la partida de Begourde, me parece un síntoma omiñoso. ¿Por ventura ese bohemio despreciable ha logrado insinuarse en tu corazon?

La palidez de Lazarine se tornó en un rubor subido.

—¡Ah! padre mio—balbuceó ocultando el rostro entre sus manos,—no lo creais.

—Sé que eres una criatura razonable y de carácter algo positivista—continuó Julio Leroux,—y por lo tanto no te supongo capaz de tomar por lo sério un devaneo de tan mal gusto. Pero cuando una dama se encuentra en el campo, aislada en un castillo, y esposa de un marido de mas edad, es natural el fastidio, y para distraerse se compromete fácilmente la reputacion asistiendo por las noches á románticas

y platónicas entrevistas. No trato de interrogarte, pero te agradeceria que fueras franca.

El ex-banquero hizo una pausa, esperando una negativa á que se reservaba el derecho de no dar crédito.

La marquesa, con la cabeza baja, permaneció muda.

Este silencio equivalia á una confesion.

—No dudo, hija mia, que me harás la justicia de confesar que nunca he intentado disertar contigo sobre principios morales—continuó Julio Leroux con tono paternal y con la pérfida naturalidad de un hombre de mundo.—Ademas, tus asuntos conyugales no me conciernen; pero eres mi hija, y quiero darte un buen consejo. Begourde era un obstáculo peligroso; se imponia á tí por el derecho de prioridad. Gracias á mí te ves libre de él; haste cuenta de que ha muerto para tí. Si intentara algun dia salvar el abismo que separa á la marquesa de la Tour du Roy de una advenedizo oscuro y famélico; si se atraviesa á cruzarse en tu camino, creéme, no tengas compasion, lánzale de tu lado con estas palabras: *¡no os conezco!* Tu marido no abriga sospecha alguna, ni tiene indicios en que fundarlas; pero se ha despertado su desconfianza, y bastaria una chispa para provocar una explosion terrible. Si por ventura el marqués te preguntára como no reconociste á

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Begourde cuando llegó en compañía de Laurent Videl, respóndele sin vacilar que creias no haberle visto nunca, y que si alguna vez le has encontrado, no prestaste la menor atencion en tan insignificante personaje.

La conversacion se prolongó; pero lo que pasó despues entre el padre y la hija no nos parece de interés para nuestros lectores.

A las cuatro menos algunos minutos, oyóse ruido de cascabeles y de un carruaje.

Julio Leroux se asomó á la ventana y vió en el patio un *breack*-ómnibus abierto, tirado por dos poderosos caballos, y aguardando á Begourde y su equipaje.

A los pocos momentos apareció un criado cargado con la balija del artista, y despues la persona de éste en compañía de Laurent Videl, al que habia hallado medio de explicar su partida con algunos visos de verosimilitud.

Laurent Videl estrechó cordialmente la mano de su discípulo.

Héctor Begourde se instaló en el *breack* al lado de su maleta, y paseó por la fachada del castillo una melancólica mirada mientras el cochero empuñaba las riendas.

Los caballos partieron.

—¡Buen viaje¡—murmuró Leroux,—ó mejor dicho, ¡que el diablo te lleve!.....

Y volvió al lado de Lazarine.

—Deseaba presenciar su partida—dijo.—Nada hay que temer en adelante de un enemigo que se declara en retirada.... Da órden de que me traigan mi caballo, tu antiguo *Poney*. Lo monto casi todos los dias, y estoy encantado de sus instintos pacíficos.

Un criado condujo el caballo, cuya larga y espesa crin acarició Lazarine con su mano aristocrática.

El ex-banquero abrazó á su hija y se alejó al trote corto.

La jóven, que sentia una extraña opresion, subió á su estancia.

Al franquear el dintel, una carta colocada en sitio visible sobre el tapete azul que guarnecia la chimenea atrajo sus miradas.

El sobre, escrito con caractéres desfigurados, decia:

A la marquesa de la Tour du Roy.

Y en uno de los ángulos estas dos palabras subrayadas:

Absolutamente reservado.

Lazarine, creyendo sería algun memorial pidiendo limosna, rasgó el sobre con indiferencia; pero al desdoblar el papel que contenia, se estremeció y frunció el seño.

La carta estaba firmada por Héctor.

—¡Me escribe!.... ¡se atreve á escribirme!..—murmuró la marquesa.—¡Qué audacia y que

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

imprudencia!.... ¿Qué explicacion hubiera dado de esta carta á mi marido si hubiera penetrado en mi cuarto ántes que yo?

Pero la jóven reflexionó que en realidad este peligro no era de temer, porque Begourde, al colocar la carta sobre la chimenea, sabia que el marqués no se encontraba en el castillo.

Tranquilizóse, pues, y leyó sin cólera la siguiente ampulosa epístola, para la cual reclamamos la indulgencia de nuestros lectores en gracia á la imperfecta educacion literaria de Héctor:

"Señora marquesa, mejor dicho Lazarine, adorada Lazarine, porque me habeis concedido el derecho de daros este dulce nombre al no rechazar la llama mas devoradora que ardiera nunca en una alma artista y amante; éste es el grito de mi corazon despedazado....

"Lazarine, se me arroja de este castillo, se me destierra de vuestra presencia, se me condena á un tormento perpétuo, ¡porque vivir sin vos, no es vivir!.... Léjos de vuestra presencia, el aire falta á mi pecho y la sangre se detiene en mis venas.... Y el que me impone un sacrificio tan cruel, el que pisotea mi existencia rota en pedazos, es un hombre á quien debo obediencia y respeto porque es vuestro padre.....

"Parto, Lazarine, ó mejor dicho, finjo partir, porque vuestro reposo y tranquilidad me son